

SOY EL MUNDO, Y MÁS ALLÁ

Por Néstor Tato

Extraña afirmación es ésta, que relaciona dos términos que, en la percepción, aparecen separados y parecen el fundamento de toda separatividad.

¿Cómo podría ser *éso que está ahí, el objeto?* Que, por percepción, es lo que designa la palabra “mundo”.

Sin embargo, es el principio de toda operatividad de las acciones. Porque para que una acción sea operativa, tengo que *ser el mundo*. Es el modo básico de mi *estar en el mundo*.

El mundo me ha sido dado, es lo que está dado antes de mí. Ese “antes” señala que precede mi existencia, que no necesariamente tiene que ver con mi nacimiento. Sí, toda situación me preexiste biográficamente, pero también toda situación existe antes de que *me emplace* en ella, de que llegue a ella.

Las situaciones son mi pasado y mi futuro. Yo, soy *su presente*. Ellas están presentes para mí porque yo les brindo mi presencia.

Cuando estoy en acción, el mundo está ahí pero en copresencia, porque soy yo el que está y se vive en el mundo. Y a la vez ni el mundo ni yo estamos sino en el modo de la copresencia porque mi foco atencional está en mi punto de aplicación, en *lo que* estoy haciendo, que por lo general es *hacer a o con algo*. Durante el hacer estoy insertado en la situación, envolviendo con mi pensamiento las cosas involucradas en el hacer. La coordinación de los movimientos ocupa mi atención y yo (lo que de mí pueda recordar) y el resto de la situación que me rodea (lo que de ella no esté involucrado en el hacer) permanecen en copresencia. Sólo se actualizan esos datos cuando el hacer los necesita y, en tal caso, son absorbidos en/por esa/mi dinámica de presencia transformadora.

Yo es un apéndice de la situación. El caso que ejemplifica mejor esta afirmación es el del enamoramiento: soy tomado por la situación que vivo. Estoy apasionado, a-fectado, la situación me hace sujeto pasivo de ella a través de mi máxima actividad, la pasión. Soy actuado por mis sentimientos y, sin embargo, me siento “como nunca”. Claro está que si en lugar del enamoramiento es la ira, no tendrá la misma evaluación para mí. Entonces, el resultado de la misma será que es nociva, me sentiré esclavo, víctima de la situación y si lo puedo reconocer, de mis pasiones.

Para bien o para mal (según mis creencias, porque siempre es para “mal” emplazarse, sobre todo a futuro) mi sensación de mí se potencia con la intensidad

de estímulo que me puede brindar el objeto que me apasiona. Cuanto más me apasiono, más “me” siento, más “vivo” me siento, *me* destaco del promedio de vivencia que normalmente tengo de mí.

Y creo que esa potencia es del objeto, que la intensidad de mi sensación proviene de su estimulación, y que su capacidad de estimulación proviene de sus atributos, de las características del objeto. Y no. La potencia es mía. La fuerza del sentido que sostiene al objeto, que lo puso ahí y lo sostiene, es mía. Porque mío es el sentido. Porque yo soy sentido.

Ser sentido es la aptitud de sentir. Por tanto, la aptitud de sentir lo otro, no importa si cosa o humano. Ser sentido es ser sensible, ser una sensibilidad abierta al mundo, que lo evalúa, califica, nombra, clasifica. Claro está que lo sensible alcanza sólo hasta la evaluación sensible, pero el resto se origina en lo sentido. Sin sensación no hay dato, no hay información.

Y ese dato, esa sensación es sensación *de algo*. Y ese ser sensación de algo implica que lo presente, lo relevante, *lo que parece ser es el algo* que siento, no el ser que siente ese algo y le da ser con su sentirlo. O sea, yo.

Sartre dijo que la conciencia estaba condenada a ser otra cosa que ella misma, justamente por esta identificación del que siente con *lo que siente* que, paradójicamente, *si no fuera sentido no sería*.

La clave de la conciencia de sí está en lograr sentir eso que en mí siente y es, sintiendo. El umbral de percepción es muy sutil y no es mensurable más que por mí. Sólo yo puedo decir cuando me siento ser sintiendo y cuando me pierdo en lo que siento.

Montándome en la atención, tratando de sentir que hago y siento, inevitablemente represento lo que siento. Esas representaciones pueden desviarme y construir un “ser” paralelo, la dimensión de mi propia imagen, su desarrollo en la fantasía.

O puedo contrastar las representaciones con la fuerza de la sensación para testear si son o no, si lo que imagino se corresponde con lo que siento.

Porque en la experiencia interna todo es representación cenestésica porque *mi ser es materia de sensación pura o interna*, que también es representada. Y como toda representación, *sustituye lo que es*. Pero en este caso es más fácil confundir la imagen con lo que es, la sensación o sentir, porque la materia de sensación con que se manifiesta y con que se representa *es la misma*.

En ese juego de confrontar lo que represento que soy sintiendo, con lo que siento que soy sintiendo, voy reconociendo las formas de mi ser sintiendo, las que me

van dando una consistencia distinta a la que puede darme la imagen de mí, tan atada al cuerpo. Porque entre esa imagen y mi ser hay diferencia, cuando aprendo a conocerla.

Así, voy “viendo” que eso que soy no es el yo que, más bien, imagino. Porque el yo es por naturaleza, pasado, y este que soy es una fuerza lanzada al futuro. Y esa fuerza no es mía ni soy yo.

Entonces advierto que no sólo no es mía, sino que eso que es, es sensibilidad. Es un ser sensible que no sólo percibe sino que *crea*, tejiendo en mí los seres que siento y, sobre todo, el mundo en el que voy creciendo.

Y ese ser sensible puedo reconocerlo entonces, en todas las creaturas, en todos los seres sensibles que me rodean y si hago un esfuerzo de abstracción, una cierta capacidad de visión de lo intangible me muestra que aún en la roca más inerte que aparenta carecer del más mínimo rastro de vida, hay *algo* que alienta en la dirección que advierto en ese ser que se manifiesta a través de mí y de mis semejantes, los otros seres humanos.

Se produce así una recomposición del paisaje. La vida ya no *está* encerrada en mí y mis semejantes sino que *brot*a a través de nosotros. El *sentido* que generamos a cada instante no sólo recubre la materia que percibimos sino que crea y recrea el tejido invisible que la forma, conectándola y conectándonos.

Es ese sentido que se gesta en cada uno y en todos, lo que no sólo nos conecta, sino que nos permite ver que la separación aparente de nuestros cuerpos antropoformes y de todos los cuerpos, no es más que una imprescindible condición de libertad para poder ejercer la semovencia que nos brinde la oportunidad del reconocimiento en la acción, y de *elegirlo*.

Es la liberación del sentido que nos une a todo, porque lo somos, lo que permite tramar el tejido intangible del ser que somos, el ser humano.

En la liberación de la creencia en la finitud espacial de mi ser, por trascender con la vivencia del sentido la finitud espacial de mi cuerpo, en ese acto de libertad última reside la posibilidad de trascender la finitud que parece fragmentar la unidad que existe (y nos espera) en la trama de nuestro devenir.

Buenos Aires, enero 15-febrero 1 de 2021